Tambien será el mismo el que habrá dicho. Cuando el sol aparece, los reverberos cesan de prestar su luz.

Pero tanto Dios, como el dia y el sol son cosas ya muy viejas.

Y á nuestros modernos ancianos les hace falta la novedad.

Los La Palisse de lo nuevo se diferencian del La Palisse de lo antiguo, en que aquellos no son verídicos y éste sí lo era. Tiempo es ya, pues, á fin de que podamos vivir, de que se remueva todo lo viejo, y de que se saque de ello las mas remozadas y enérgicas consecuencias, á menos que la sociedad no prefiera morir *in anima vili* por la esperiencia de lo nuevo.

XX.

El ingenio humano ha progresado con efecto en cuanto á que ha conseguido vencer á la materia, para hacerla depender de sí. A fuerza de invenciones ha logrado acortar las distancias, ahorrar el tiempo, y contribuido tambien á hacer mas agradable la vida material. Mas semejante progreso, *lejos de ser el fin y el objeto de la humanidad, no es mas que el medio.* El fin ha sido, es y será siempre uno mismo.

El hombre puede ser considerado bajo un doble aspecto, á saber, espiritual y moral;

así, pues, su fin que es tambien doble, consiste *en la virtud y en la salud.*

Puede muy bien decirse que la salud es la la virtud del cuerpo, así como la virtud es la salud del alma; pero con la condicion de que el cuerpo quede bajo la dependencia del alma, porque la virtud puede existir sin necesidad de la salud, mientras que sin aquella la salud podrá verse formalmente comprometida.

En una palabra, la virtud es el fin, la salud es el medio.

Todo progreso, material, aunque contribuya al sostenimiento de la salud, será estéril siempre que sus tendencias no tengan algo que ver con la virtud. Porque si la virtud no hace mas que girar como un eje á su alrededor, no solamente carecerá de razon para existir, sino que acabará por corromperse por su propio uso. Por mas robusto que sea un hombre, llega un dia en que cae para no levantarse mas, así como por hermoso que el sol aparezca, tiene al fin que llegarle su ocaso.

La virtud, por el contrario, como procedente del cielo, no muere jamas: cuanto mas

se ejercita, parece mas lozana y rejuvenecida, y si por acaso llegase un dia á morir, renacerá para la inmortalidad.

El objeto del hombre es, pues, *llegar á la virtud por medio de la salud.*

Este objeto ha sido completamente desatendido por casi todos los hombres superiores de nuestro siglo. Todos se quedaban pasmados y llenos de admiracion ante los progresos materiales, que no solamente permanecian negativos, sino que, tomados por objeto final del hombre, llegan á precipitarlo mucho mas pronto y de mucha mayor altura, en el abismo de la materia. Los admiradores de nuestros progresos se parecen á un forastero que toma al lacayo por el amo, al verle todo adornado con galones de oro. Estos medios trasformados en fines, y que se suceden los unos á los otros con una increible rapidez, constituyen la tísis que tan aprisa se va apoderando de nuestro siglo, y que acabará por conducirlo sin tardanza á la tumba del materialismo y de la mas bestial nulidad.

La vacuna es un progreso material y pro-

greso de salud. ¿Pero un hombre ha cumplido acaso su mision con no tener hoyos de viruelas en la cara? ¿Será bastante por ventura no habérsele á uno desfigurado el rostro y disfrutar buena salud, para merecer el título de hombre? A la verdad, es cosa muy buena el encontrar remedios contra las epidemias; pero por terrible que sea una epidemia física, sus estragos no pueden en manera alguna ser comparados con los de una peste moral. Morir cuando ya se ha disfrutado de la vida, es volver al mismo sitio de donde uno procede despues de un viaje mas ó menos penoso; mas el no vivir, equivale á estar muriendo todos los dias.

Así, pues, nuestros grandes hombres, entregados al materialismo, aunque están vacunados, no viven sino que se gastan, y en lugar de acumular fuerzas espirituales para la eternidad, no hacen mas en esta vida que perder sus facultades materiales.

Hombres semejantes desperdician y derraman su vida como unos pobres cubiertos de gloria, y no solamente se pierden para la posteridad sino que se esterilizan para la vida social. Para ellos la vida ha sido un hospital donde por espacio de algunas horas han tenido un número el lugar de su nombre.

Solamente vive en realidad aquel que está dispuesto á morir á todas horas; porque solo el hombre divino que sabe que por su virtud y por su inteligencia no puede morir, es capaz de hacer algo que sea duradero. Cuando el hombre no cree en su inmortalidad, caen todas sus facultades en una especie de parálisis y se convierte en impotente. Cuando el hombre no tiene fé en su eternidad, se esteriliza á la edad de veinte años, todo cuanto cree hacer es fútil y quimérico, porque todo cuanto aquí abajo no tiene una tendencia directa hácia Dios, es fugaz y pasagero como la sombra que huye, como la yerba que se abrasa con el calor del sol. No se cuentan en este número los llamados grandes hombres de nuestra sociedad revolucionaria, como no se cuentan tampoco los gusanos que se bullen en un cadáver.

Fijad la atencion en esa locomotiva que acaba de pasar delante de vuestros ojos con

la rapidez del pensamiento, y no podreis menos de admirar el genio del siglo. Prosternaos con los diarios ante esos mecánicos ateos y socialistas. ¿Negais, por ventura, el *progreso por el progreso*? ¿Acaso nuestros antepasados disfrutaron de un placer semejante? ¿O no teneis en nada el poder almorzar en París y comer en Bruselas?

¡Sí, este es, con efecto, un poderoso *medio* de progreso; pero no es el progreso mismo. Porque cuando un hombre honrado y lleno de piedad y de celo, y haciendo alarde de sus deberes pueda contribuir á propagar con su viaje de París á Bruselas, una buena idea ó una accion meritoria sin gran pérdida de tiempo y de intereses, ese será el verdadero progreso. Mas porque un nécio ó un impío viajen con mas celeridad; porque un ladron encuentre un medio que proteja su evasion, ó bien porque un religioso campesino, contento y virtuoso, vaya á París á adquirir el gérmen de mil enfermedades, tanto físicas como morales, por eso no, por eso no reconozco que haya progreso.

Y cuando podamos ir á la China en dos idas, y atravesar el mar por medio de un

globo, será preciso esperar para poder gloriarse de todas estas invenciones, que los hombres sepan cumplir mejor con sus deberes, á no ser que se tenga la persuacion de que los chinos ganarian, imponiéndose en nuestros principios de materialismo y de ateismo, y que estarian mucho mas adelantados si á sus recursos naturales para revolucionar añadiesen el arte de hacer barricadas los talleres nacionales, ó bien aprendiesen á improvisar un legislador por eleccion, sin haber dado jamas la mas mínima prueba de superioridad intelectual, de valor cívico y de virtud cristiana.

¡Indíqueseme, si no, en nuestra sociedad entregada al paganismo, un solo progreso material, real y absoluto! ¡Que se me designe un progreso en una idea fuera del cristianismo! ¡Que se me señale tan solo un progreso efectivo y durable fuera del triunfo del alma sobre el cuerpo; de la inteligencia sobre la materia, de la razon sobre la pasion, de Dios sobre el diablo!

Yo reto á los cantores materialistas del progreso á que me citen un vicio de los bárbaros que no se halle igualado con otro vi-

cio de la sociedad que se llama civilizada pero anticristiana. Yo les reto á que me citen una tontería cualquiera, una contradiccion, una ridiculez odiosa de los pueblos bárbaros que no se halle sobrepujada por las tonterías, las contradicciones y los vicios de los habitantes de algunas de esas ciudades que se jactan de poder servir de modelo á la humanidad entera.

XXI.

En ningun tiempo se ha hablado tanto de los progresos de la ciencia como en el nuestro. Los descubrimientos científicos se suceden los unos á los otros. Nuestros sábios se elevan por los aires y descienden sobre la tierra por adquirir un pedazo de gloria. Cada dia nos anuncian mil y mil bocas que la humanidad ha dado un paso mas, y que el progreso ha recibido un nuevo impulso. Si fuéramos á creerlos, tendriamos que el hombre habia por fin resuelto el problema social, y que habia robado de nuevo el fue-

go del cielo sin haber sido presa del buitre. Las ciencias matemáticas y mecánicas, llamadas exactas, son, sobre todo, las que marchan á mas ajigantado paso y las que se hallan en vísperas de levantar una nueva escala de Jacob á fin de escalar el cielo. ¡A la verdad, cuando se leen tantas y tantas maravillas, se halla uno tentado, como un verdadero Fausto moderno, por ensañarse contra ese antiguo dios tan rencoroso, que ha creado la vejez y la muerte, y de darse á todos los diablos, aunque no fuera mas que por rejuvenecerse uno un poco y poder así saborear mejor la gloria y la glorificacion del hombre!

¡Locura! ¡Presuncion! ¡Flaqueza!

La ciencia considerada como cosa absoluta es lo mas vano y lo mas nulo del mundo. Sin Dios, del cual procede todo aquí abajo, desde el mas pequeño insecto hasta el Monte Blanco, la ciencia no es mas que una hacha sin mango, un instrumento sin alma, una luz apagada. Eso que llaman ciencia exacta es incapaz de proporcionar al hombre la menor felicidad, la menor grandéza

Que aprende el hombre á construir un palacio; el castor hace otro tanto, y su casa es un verdadero panteon de castores llenos de gloria. Que vuela por el aire; el mas insignificante de los pájaros le disputa la gloria de semejante hazaña. Que atraviesa el Océano por medio del vapor; la ballena no necesita nada de eso. ¿Dónde está, pues, la superioridad del hombre si se pasa su vida entera en inventar lo que los séres irracionales hacen mucho mejor que él? Porque no existe una sola funcion material que los animales no ejerzan con mayor perfeccion que el hombre. Y ademas de esto, ¿son acaso los hombres mas felices desde que solo necesitan quince dias para ir de Paris á Nueva-York y desde que leen periódicos de esos de que se tiran 60,000 ejemplares por hora? ¿Mueren por ventura menos de entre ellos? ¿Se padecen menos enfermedades? ¿O será acaso que el hombre habituado á no comer mas que pan y patatas, no llegue á una edad tan avanzada como el que hace tres suculentas comidas al dia? ¿Los pobres de hoy dia, que viajan por caminos de hier-

ro, que están mejor vestidos y mantenidos, que leen á Luis Blanc y á Prudhom, no serán quizá tan dichosos y vivirán tan contentos como los de hace algunos siglos que solo creian en Dios y en una vida de compensacion futura? Porque la medicina hace progresos, ¿deja de morir, como sucedia antes, una tercera parte de los que nacen? ¿Los hijos de los ricos viven acaso mas tiempo que los de los pobres? ¿Habrá Dios, por ventura, abdicado, para abandonar súbitamente su creacion á sí misma? ¿No se ocupa de sus criaturas, que son los hombres, tanto como pudiera hacerlo un artista con sus estátuas?

¡Locura! ¡Necedad! Palabrería!

Hagan los hombres lo que hicieren, una tercera parte de los niños, y aun mas habrán de morir siempre para dejar vivir á los que están destinados á pasar por esta prueba. Por mas que inventen los hombres, jamás conseguirán abolir ni el dolor, ni el pesar, ni la enfermedad, ni la muerte. Cincuenta millones de volúmenes de ciencias no son bastantes para descifrar los enemi-

gos que encierra una sola vida humana. Y cuando, con su engañoso saber, los hombres que niegan á Dios, creen haber salvado á algunos individuos y hecho desaparecer las nociones del derecho y de la justicia, Dios les suele enviar á veces pestes y revoluciones que, sin saber de donde proceden, acaban de un solo golpe con la ciencia y con todos los sábios: de manera que cuando ellos creian haber levantado torres como la de Babel en errores y en orgullo, Dios las conmueve con su soplo y dá con ellas en tierra como si fueran castillos de naipes.

Jamas he conseguido en toda mi vida comprender la ciencia, ni aun con el candor de mis diez años. Trataban de esplicarme el movimiento de la tierra. Y quién la tiene suspendida y la sostiene en el aire sobre su eje? Me hablaban del flujo y del reflujo por la luna. ¿Y quién ha hecho la luna para que produzca este milagro de todos los dias? Varias veces me han esplicado de qué habia muerto algun hombre; pero nunca han sabido decirme de qué vive. ¡Del

aire! ¿Y quién ha hecho el aire? ¿De qué me sirve á mí saber de qué se compone ese elemento, si yo no he de poder hacerle; si mi vida depende de una tormenta, de un relámpago, de una temperatura que yo no sabré hacer variar? ¿Dónde está el hombre que haya creado alguna cosa que no existiese antes que él, sea bajo ésta ó bajo aquella forma? ¡Y á esto se le dá el nombre de ciencia! ¡Qué irrision! Mas adelantado estaba yo á la edad de cinco años. Por la mañana al despertarme pedia á Dios velase por mi vida, y por la noche al acostarme le daba gracias con mis manos cruzadas, por aquel dia que me habia otorgado. Desafio, pues, á todos los sábios á que me concedan un solo minuto mas de vida contra la voluntad de Dios. Y siendo esto así, ya pueden irse con los diablos, y que me dejen al menos el consuelo de orar.

El hombre no crea como Dios, de la nada, excepto el pensamiento. Y este pensamiento es vano ó pueril por fuerza cuando no es una glorificacion de Dios que por su medio ha colocado sobre la frente del hombre ese

divino sello que contiene estas palabras: "Esta es mi imágen." La palabra reflejo del *verbo*, es la que hace al hombre el rey de la naturaleza. La naturaleza entera glorifica á Dios, dice el salmista, los cielos son testigos de su poder y el firmamento ensalza su obra. ¡Pero el hombre solo es el que habla, el hombre solo es el que ora!

Al pensamiento y á la palabra que Dios ha concedido al hombre se debe el privilegio único de la libertad y del libre albedrío entre el bien y el mal. ¡Allí solo es donde está el hombre, allí solo donde está Dios! Toda ciencia que no se halle fundada en este pensamiento, es estéril y nula. Toda ciencia que niega, es falsa y fria como la muerte. Toda ciencia, en fin, que en lugar de ser la sierva de Dios quiere erigirse en dueña altiva y orgullosa, es una mentira rastrera, servil y hedionda, que conduce al hombre á *la esclavitud material*, para venir á parar en la muerte intelectual!

Porque es preciso persuadirse de que la religion ó el pensamiento divino no es útil solamente para la otra vida, sino que es por el contrario, de una absoluta necesidad en la presente.

XXII.

Así como la salud no tiene mas fin ni objeto que la virtud, del mismo modo ésta no solo obra sobre la salud, sino que tambien la fortifica, ya sea por medio de pruebas, ya por medio de privaciones sujetas á un sistema, ya tambien por la voluntad moral, verdadera y única palanca de la vida.

Plutarco, al tratar de la moral cristiana, ha resumido la ciencia de toda la vida en estas dos máximas:

Conócete á tí mismo.
Nada de supérfluo.

Estas máximas son efectivamente tan saludables con respecto á la parte física como á la moral; solo que, para practicarlas, es preciso hallarse dotado de una larga esperiencia, Así es que un sábio de sesenta años, puede llegar al mismo punto donde desde luego se halla un cristiano de veinte años.

La ciencia de la filosofía no reconoce mas que un fin, cual es preservar al hombre de los vicios y de las enfermedades por medio de la reflexion, de la razon y de la fuerza del carácter. Estos preceptos se hallan basados, bien en la esperiencia, bien en las ideas previstas. Las dos escuelas filosóficas que dividen los ánimos desde que hay filosofía, solo están en desacuerdo acerca de los medios, pues que el fin es igual para todos. El mismo Epicuro no predica su sistema sino con un objeto saludable y de felicidad espiritual. De manera que es cosa patente, que no obstante las cualidades intelectuales del hombre, las lecciones de la esperiencia nada pueden sobre sus pasiones. Un gran pensador ha dicho: "Nosotros creemos aban-

"donar las pasiones, cuando estas nos aban-
"donan á nosotros" Un profesor de filosofía humanitaria, que dá lecciones de esperiencia á un jóven de carácter vivo y ardiente, se parece á una piedra endurecida al fuego, que se pone á referir á otra piedra que va á ser calcinada, todo lo que la ha pasado cuando estaba metida entre las ascuas. La otra piedra, como es de suponer, tendrá que sufrir la misma prueba, á riesgo de quemarse ó de pulverizarse. La esperiencia, en una palabra, no sirve sino para aquel que ha pasado ya por ella.

No se contienen las pasiones con máximas ni con discursos, puesto que les hace falta un freno de otra especie, que no es otro que la religion, freno que puede servirles á la vez de freno y de guia.

Por otra parte, ¿cómo será posible dominar á los hombres con una razon emanada de la cabeza de otro, cuando no existen dos solos en la especie que admitan una misma razon? ¿En dónde se encuentran por ventura, dos séres que se parezcan en la parte física y en la intelectual? Por dócil que sea

el discípulo razonador, no dejará nunca de llegar á algun punto en que se encuentre en desacuerdo con su maestro.

Supongamos que Mahoma hubiese dicho á sus discípulos que no bebiesen vino, para evitar la embriaguez, que conduce á la cólera y es perjudicial á la salud, tanto física como moral. Alguno de ellos que pudiese hacer uso del vino sin tanto peligro como su maestro, ¿no habria estado en su derecho al decirle: "Eso será bueno para tí, que solo bebes agua, porque un solo vaso de vino dá contigo en tierra; mas por lo que á mí hace, bien puedo beberme una botella de rico vino sin temor de que me embriague," esto sin perjuicio de que algunas veces no supiese contenerse, y llegara á hacerse un borracho incorregible?

Moisés ha tenido la desgracia de indicar una causa de dos leyes prohibitivas: "Cuando tú te impongas un rey, no deberá tener ni muchas mugeres ni muchos caballos. Por las mugeres corre riesgo de entregarse á la idolatría; por los caballos querrá regresar á Egipto."

Salomon, dice el Sábio, ha creido poder

quebrantar la primera de aquellas leyes, diciendo: "No hay peligro alguno en que yo me haga idólatra," y al propio tiempo permitió á sus mugeres que levantasen un altar á la idolatría al lado del templo sagrado. Otro rey infringió tambien la segunda ley; hizo la guerra á un rey de Egipto y murió despues de haber sido completamente derrotado.

¿Qué ventajas han producido en el pueblo griego los sábios preceptos de sus filósofos? Quizá no haya habido quien los haya admirado y apreciado en tan alto grado como los cristianos. ¿Cuál es la influencia que ejerció Séneca sobre Neron? ¿Qué han dejado en pos de sí los emperadores filósofos tales como Augusto, Tito y Marco Aurelio?

¡Tiberio, Domiciano, Commodo!

¿Habeis visto jamas que el hijo de un filósofo haya dado muestras de saber y de inteligencia? Es lo mismo que el hijo de un médico ateo, que suele morir ordinariamente de alguna enfermedad vergonzosa. Pero parad vuestra atencion en el hijo educa-

do religiosamente por un hombre de bien entregado á la religion, y vereis si no está rebosando salud y buen sentido. ¡De qué sirve el ser filósofo y morir á los cincuenta años de un ataque á la cabeza, cuando el mas ignorante de los católicos llega sano y bueno á la edad de setenta años, sin haber cometido una tercera parte de las faltas y de las necedades que el filósofo!

Nótese bien que ahora no se trata de la cuestion de la salud moral, pues esa forma un capítulo enteramente separado; y que, aun para el progreso físico, la mas pura filosofía es á la religion lo que un carreton es á una locomotiva.

XXIII.

Al conceder Dios al hombre la inteligencia, le ha dado tambien la fuerza necesaria para vencer la materia; porque la inteligencia no merece el nombre de tal si no sabe discernir el bien del mal, á fin de poder escoger el primero y separarse del segundo; y desde el momento en que falta á esta mision, se suicida. Pero como la inteligencia se halla en una continua guerra civil con la materia, y abunda esta guerra frecuentemente en azares, Dios, en su misericordia, ha revelado al hombre su ley, verdadera